

Arias, Martín y Martín Hadis, eds. 2000: *Borges profesor. Curso de literatura inglesa en la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Emecé Editores. 400 páginas. ISBN 950-04-2109-7.¹

Enrique Bernárdez

Universidad Complutense, Madrid

El libro que comento es la transcripción del curso de literatura inglesa impartido por Jorge Luis Borges en la Universidad de Buenos Aires en el primer trimestre del año 1966; más exactamente, desde el viernes 14 de octubre al miércoles 14 de diciembre de ese año. Las clases, de una hora de duración, tenían lugar los días lunes, miércoles y viernes. El libro está dividido por tanto en esas 25 "clases" y se ha reconstruido a partir de diversas transcripciones literales de las grabaciones realizadas entonces por un grupo de alumnos. Como los editores-investigadores ponen de relieve en los tres capítulos introductorios ("Sobre este libro", "Introducción" y "Borges en clase"), las transcripciones no estaban precisamente libres de errores pero la confrontación de unas con otras, más una paciente y ardua labor de identificación de nombres mal transcritos, textos, referencias y detalles permitió reconstruir las clases de aquel año respetando prácticamente en su integridad la forma de hablar y explicar de Borges.

Aparte del interés que el libro puede tener para todos los apasionados por Borges y su obra —es una aportación que creo fundamental—, estas cuatrocientas páginas representan una lectura apasionante, se conozca o no la literatura inglesa, y más aún, pueden dar mucho que pensar a quien se dedica profesionalmente a esta misma ocupación y a quien, incluso en otros ámbitos, ejerce la enseñanza universitaria. Ciertamente, si JLB no era un escritor "como los demás", tampoco era un profesor cualquiera, y no sólo porque ya entonces su progresiva ceguera le impedía leer. Un vistazo al 'programa' nos muestra ya algo de esa idiosincrasia: todo el mes de octubre (siete clases) está dedicado a la literatura anglosajona; llegan luego Samuel Johnson (8 a 11), combinado con Boswell, Macpherson y "la invención de Ossian", para dedicar luego una clase a Wordsworth y dos a Coleridge. Blake, Carlyle y Dickens tienen una clase a cada uno, dos Robert Browning (y de pasada, E. Browning), dos Dante Gabriel Rossetti, tres William Morris (aunque en

¹ Estando ya en prensa esta reseña, el libro del que es objeto esta reseña ha sido publicado en España por la misma editorial, Emecé.

realidad habla casi más de las bases y temas islandeses de sus obras), y el 14 de diciembre comenta a R.L. Stevenson. Seguramente, este programa no le habría permitido pasar ninguna de nuestras oposiciones a cátedra en la disciplina, aunque también su forma de acceder a la plaza fue bastante anómala. Como recuerda Martín Arias en la "Introducción", citando su autobiografía, en vez de CV, publicaciones y demás, JLB se limitó a presentar la siguiente declaración: "Sin darme cuenta me estuve preparando para este puesto toda la vida'. Esa sencilla propuesta tuvo efecto. Me contrataron y pasé doce años felices en la Universidad" (16). Un programa anómalo pero que, ciertamente, corresponde muy bien a lo que eran los intereses literarios del mismo Borges; y vitales, pues para el escritor argentino la literatura es parte —muy fundamental— de la vida, y su interés como docente no es tanto dar información, mucha información, como atraer a los alumnos hacia la lectura y el amor de los autores que ama él mismo.

Tampoco el contenido de las clases es lo habitual, y ciertamente JLB no se nos muestra como un gran erudito ni como un teórico de la literatura. Hace historia literaria, lo que no está muy de moda hoy día, aunque es una historia un tanto acrónica, muy al estilo Borges. Lo anglosajón reaparece en lo más moderno y William Morris está ahí, más que nada, porque en él asoman los romances artúricos, Chaucer, las sagas y la *Edda* de Islandia; un autor del siglo XX como Henry James se menciona porque un cuento suyo se basa en la biografía de Coleridge, y Pound es el recreador de lo anglosajón². Acronía, en cierto modo, pero también atopía, porque las relaciones que establece Borges no son solamente con lo inglés, ni siquiera con lo germánico. Así, al hablar de Beowulf y sus jactancias, encuentra un punto de comparación en "las coplas de los compadritos de principios de siglo en Buenos Aires". Por ejemplo: *Soy del barrio 'e Monserrá / donde relumbra el acero, / lo que digo con el pico, / lo sostengo con el cuero* (p. 54). Como no podía ser menos, la lectura de los poemas antiguos (*Beowulf*, *Maldon*, *Seafarer*, *Wanderer*, *Ruin*, *Dream of the Rood*) es apasionante y enriquecedora, y puede acercarnos textos que parecerían remotos. Lo hace, por ejemplo, mediante algunos leves cambios en su versión de la Batalla de Maldon: "Les pidió que rompieran filas, que se apearan, que mandaran a latigazos a los caballos a la querencia y que avanzaran". Como señala Martín Hadis en el capítulo "Borges en clase":

Ni los latigazos ni ningún equivalente a la 'querencia' figuran en el texto original. No nos consta que los guerreros de Byrhtnoth tuvieran fustas a mano, y el poema anglosajón no indica el lugar adonde debían ser enviados los caballos... Son estos agregados de Borges, que tienen tal vez poco que ver con la Inglaterra medieval, pero que contribuyen sin lugar a dudas a acercar la batalla de Maldon y a los protagonistas de ese combate del siglo X a nuestro país y nuestra época. (27)

Hay también mucho relato de la vida de los autores, bastante descripción de 'argumentos' y sólo con Rossetti y William Morris encontramos auténtico

² Borges era Catedrático de Lengua y Literatura Norteamericanas, pero lo americano era impartido por su adjunto.

comentario de textos: una alumna o un alumno van leyendo estrofas y JLB las traduce y glosa. Pero la vida de los autores se nos cuenta para que los conozcamos a ellos personalmente, no tanto como vía para la interpretación literaria (los editores se encargan de recordárnoslo, 18), y los argumentos permiten establecer infinitas relaciones literarias y aún más allá. A veces, todo esto da pie a algo así como microrrelatos de lo más borgiano. Por ejemplo, tras extenderse en la faceta de conversador de Samuel Johnson, establece el contraste con la misma actividad en Samuel Coleridge:

Dice De Quincey... que cada vez que Coleridge conversaba era como si trazara en el aire un círculo. Es decir, iba apartándose del tema inicial y luego volvía a él, pero muy lentamente. La conversación de Coleridge podía durar dos o tres horas. Al cabo se descubría que, describiendo un círculo, había vuelto al punto de partida. Pero generalmente los interlocutores habían durado menos en la conversación y se habían ido. De modo que la impresión que llevaban era la de una serie de digresiones inexplicables. ... [S]in duda había en la conversación de Coleridge una especie de magia que no estaba en las palabras sino en lo que las palabras dejaban adivinar. (182)

Pero no se detiene aquí, sino que establece una nueva comparación, saltándose tiempo, lugar y género literario, para hablar de Macedonio Fernández, un amigo suyo "más o menos famoso", que vivía "mudándose de una pensión a otra, y que cada vez que se mudaba dejaba en el cajón una serie de manuscritos. Yo le dije que por qué perdía así lo que había escrito, y Macedonio Fernández me contestaba: 'Pero, ¿vos creés que somos lo bastante ricos como para perder algo? Lo que se me ocurrió una vez volverá a ocurrírseme, de manera que no pierdo nada.' Quizá Coleridge pensaba lo mismo" (182). Lo que da pie a Borges para comentar los (más o menos supuestos) plagios del escritor inglés. Truman Capote, Coleridge y Shakespeare se enlazan en sus distintas formas de enfrentarse al crimen y los asesinatos, tema que apasionaba a Borges como sabe quien haya leído sus relatos. La lista de autores no ingleses que menciona JLB en sus clases es llamativa más que numerosa, y va desde Dante o Alfonso Reyes a Leopoldo Lugones, Leibniz, Kant o Voltaire, Heine, Schiller o Ben Ezra, y algunas breves referencias a estos autores son muy ricas, como las que se hacen a otros autores de lengua inglesa como Henry James, Walt Whitman o Ezra Pound (que, como no podía ser menos, da pie a JLB para alguna sabrosa reflexión sobre poesía y sobre traducción, véanse por ejemplo las páginas 91-92 sobre la versión del *Seafarer*). Busca equivalentes a Blake, al que ve como figura totalmente aislada en su tiempo, y los encuentra en autores aparentemente tan dispares como Emmanuel Swedenborg, Rupert Brooke, "los herejes cátaros del sur de Francia [o] los agnósticos del Asia Menor y de Alejandría de los primeros siglos de la era cristiana" (203).

Como no podía ser menos, los enlaces nos llevan frecuentemente al cine. Ve y explica una película en el poema de la *Batalla de Maldon* (78 y sigs.), que va presentándonos en escenas (como hacía también con las sagas islandesas), y que nos

invita a imaginarnos pensando en la película *Alexander Nevsky*, de Eisenstein. Browning se enlaza con el director japonés Akira Kurosawa a través de su película *Rashomon* y el escritor japonés Akutagawa Ryunosuke, autor del argumento y primer traductor de Browning, y que "tomó la técnica de este admirable film de *The Ring and the Book* the Browning" (249). Pero llega aún más lejos en la última lección, al criticar las versiones cinematográficas de *Dr Jekyll and Mr Hyde* y proponer su propio guión, que es al mismo tiempo una lectura de la novela de Stevenson:

Yo creo que habría que hacerlo con dos actores. Entonces tendríamos la sorpresa de que esos dos actores ya conocidos por el público fueran el mismo personaje al final. También habría que cambiar los nombres de Jekyll y de Hyde, ya demasiado conocidos. ... Podemos tener la idea de que Hyde es hijo de Jekyll, que él conoce algún secreto infame de la vida de Jekyll. Y sólo en el último capítulo sabemos que es él mismo, cuando leemos la confesión del doctor Jekyll. (342-43)

El Borges profesor-lector no tiene miedo al valorar las obras de arte, y puede criticar la endeblez del argumento de *Beowulf* o la calidad de la pintura de Rossetti. Tampoco tiene reparo para confesar su inseguridad sobre un dato, sus dudas y desconocimientos o los fallos de su memoria, y a veces equivoca nombres y citas.

No hay espacio para detenernos en un comentario más extenso de la apasionante lectura de estas lecciones que tanto nos pueden enseñar sobre Borges y sobre literatura inglesa, pero más que nada sobre la literatura misma, y que nos hacen ver que "otra forma de enseñar" es posible. Quizá no fuera Borges un buen "impartidor de programas" según ciertas normas académicas actuales pero, sin duda alguna, estas lecciones nos presentan a un magnífico profesor. Y no quiero terminar sin citar una anécdota sobre Rossetti (por cuya poesía Borges muestra especial predilección) con una conclusión que me ha llamado la atención. Rossetti hizo enterrar sus poemas en el ataúd de su esposa, pero a instancias de sus amigos accede a la exhumación para recuperarlos:

los amigos exhumaron el cadáver y lograron —no era fácil porque las manos estaban rígidas y cruzadas—, pero lograron salvar el manuscrito. Y el manuscrito tenía manchas blancas de la putrefacción del cuerpo, de la muerte, y ese manuscrito se publicó y determinó la gloria de Rossetti. Por eso ahora en Sudamérica se incluye a Rossetti en un programa de literatura inglesa, y por eso estamos estudiándolo. (226)

El libro se completa con los ya mencionados capítulos introductorios, multitud de notas que proporcionan información sobre autores, obras, personajes y hechos históricos. Se incluye también un utilísimo repertorio de textos anglosajones, así como la lista de las runas, imprescindibles para captar adecuadamente las lecciones sobre literatura anglosajona, así como un índice detallado y otro temático. En suma: si a usted le interesa Borges, la literatura inglesa o la literatura en general, no podrá pasarse sin este libro fundamental.